



RARO

UNA HISTORIA
GAY DE CHILE

Óscar Contardo

 Planeta

Óscar Contardo

Raro, una historia gay de Chile

Título original: *Raro, una historia gay de Chile*

Oscar Contardo, 2011

Edic. digital: LMM

A la memoria del escritor René Arcos Levy.

Porque las cosas, a veces, se parecen a lo que son.

A modo de presentación

Las ideas suelen vivir más que las personas. Sobre todo cuando ayudan a establecer diferencias entre lo propio y lo ajeno; lo normal y lo anormal. Más aún cuando determinan nítidamente una amenaza o un enemigo. Las ideas perduran, atraviesan generaciones, surcan océanos, se escriben, se interpretan y se vuelven a escribir. Pero las ideas no pueden permanecer por sí solas, necesitan de cuerpos, de personas, de vidas para perdurar.

Este es un libro sobre muchas ideas y muchas vidas. Es un libro raro, sobre un tema extraño, que se propone mostrar lo que no se suele mostrar, aquello que queda olvidado en la trastienda de la historia; lo que no se comenta porque lo mejor es callarlo o sencillamente olvidarlo.

Si hubiera que sintetizar al máximo el contenido, podría hacerse en una secuencia de palabras que revela la forma en que los varones que se inclinan por personas de su propio sexo han sido tratados en distintas épocas: sodomita, maricón, invertido, homosexual, gay. Cada una de esas palabras no solo representa un tipo humano, representa también una manera de ordenar el mundo, una forma de concebir el sexo y una distribución particular del poder. Por eso, aunque se concentre en Chile, el relato arranca en un sitio lejano, un momento anterior —en la Europa medieval—, en el tiempo y lugar en donde surgieron las ideas que, más tarde, llegarían hasta este lado del planeta para seguir un rumbo propio. La Conquista, la Colonia, la República, los conflictos políticos del siglo XX, la dictadura y el retorno a la democracia son algunos de los escenarios descritos.

El material de trabajo fue el rastro que han dejado los historiadores, los archivos —judiciales, policiales y médicos—, el arte, la literatura, el cine y la televisión. *Raro* también contiene el testimonio directo de hombres y mujeres sobre

aquello de lo que nunca se escribió. Aunque el lesbianismo no es el tema principal del libro, este surge de forma tangencial, doblemente solapado: es la historia de una minoría segregada dentro de un grupo —el de las mujeres— tradicionalmente alejado del espacio público y del poder. Este no es, sin embargo, un libro que se concentre en una minoría como un grupo aislado, sino que es el reflejo de la forma de vida de una mayoría y las estrategias de esa mayoría para distinguir lo correcto de lo incorrecto y argumentar esa distinción desde la religión, las leyes y la ciencia.

Raro es, por último, un relato sobre la violencia, la vergüenza y el miedo.

EL AUTOR

Introducción

«Y es muy común que muera con fama de soltero raro, sin que nadie haya entrevistado la terrible tragedia con la que convivió toda su vida».

Gregorio Marañón, «Una clasificación de los homosexuales desde el punto de vista legal»

«Maricón seré, pero degenerado no».

JOSÉ DONOSO, *El lugar sin límites*

El 22 de mayo de 1993, el presidente Patricio Aylwin inició una gira por el norte de Europa. Comenzó por Suecia, continuó en Finlandia y, el 28 del mismo mes, terminó en Copenhague. En la mañana de ese día dio un discurso frente al Parlamento, en el que agradeció al pueblo y al Gobierno danés la cooperación con las fuerzas opositoras a la dictadura de Augusto Pinochet: «La democracia exige tiempo y acuerdos. Pero ese inconveniente se supera con creces por el imperio de la libertad y el respeto de los derechos de las personas»^[1], dijo Aylwin.

El presidente aseguró, además, que la democracia chilena estaba «sólidamente restablecida y consolidada, quedando pendientes solo algunos perfeccionamientos al régimen político».

Así fue como Aylwin habló de derechos, de personas, de democracia.

Horas más tarde, mientras en el centro de Santiago el Ejército desplegaba un operativo amenazante que sería recordado como el «boinazo», el presidente participó en una rueda de prensa en la capital danesa. En esa conferencia un

periodista de un medio local interrogó al mandatario por la discriminación que sufrían las personas homosexuales en Chile. Era la primera vez que un presidente chileno se veía enfrentado a hacer una declaración pública sobre este asunto.

La pregunta sorprendió a Aylwin, quien, antes de responderla, sonrió. Los ministros chilenos que lo acompañaban en la mesa dispuesta en el Salón de Espejos del Palacio Christianborg también sonrieron como señal de sorpresa e incomodidad. La prensa danesa esperó respuesta. El presidente contestó:

En Chile no hay discriminación de la índole que usted plantea en su pregunta —y luego agregó—: En general, la sociedad chilena no reacciona con simpatía frente a la homosexualidad^[2].

Es probable que la respuesta de Aylwin desconcertara a los daneses, quienes desde 1989 contaban con una legislación que reconocía legalmente a las parejas del mismo sexo. La idea de que se tratara de un asunto de simpatías y no de discriminación rompía cualquier esquema para una sociedad escandinava. Ni Aylwin ni su Gobierno tenían en mente a las minorías sexuales cuando se referían a los derechos de las personas.

La Concertación se erigía como una coalición socialdemócrata que buscaba ser reconocida como par de sus similares europeas; sin embargo, sus usos y costumbres parecían distar mucho de ellas. La respuesta que aquel 28 de mayo de 1993 le dio Aylwin al periodista danés estableció un límite entre lo que el Gobierno de la nueva democracia chilena entendía por derechos de las personas y aquello que dependía de la mera «simpatía». Era también un síntoma de un desacomodo cultural en el que concurrían distintas

variables. Aunque muchos de los políticos opositores a la dictadura habían sufrido el exilio en Europa y conocido los cambios sociales en relación a la homosexualidad, ninguno parecía estar dispuesto a transformar ese tema en un punto de la agenda de derechos humanos; por lo demás, la agenda del momento estaba dominada por las tensiones con las Fuerzas Armadas. La gran mayoría de quienes asumieron el Gobierno en 1990 pertenecía a un medio y a una cultura de raíces profundamente conservadoras en el ámbito de la sexualidad y que no contemplaba las demandas de la comunidad gay como parte de un ideario político socialdemócrata. Un indicio de eso es que sencillamente era imposible ser un político concertacionista declaradamente homosexual y aspirar, a su vez, a mantener algún grado de poder.

El mejor ejemplo fue lo que le ocurrió a un destacado dirigente de izquierda, Pedro Felipe Ramírez, ministro durante el Gobierno de Salvador Allende. Luego del golpe de Estado corrió la suerte de muchos de los altos cargos de la UP, con detenciones sucesivas y torturas. En dictadura comenzó una nueva vida, en una suerte de doble clandestinidad, donde la política y el ámbito personal corrían por rieles paralelos: era homosexual. Asumió el cargo de secretario general de la Izquierda Cristiana hasta que, en 1984, las presiones por su vida privada lo obligaron a renunciar.

El escenario era hostil para las nuevas demandas.

El fin de la dictadura y el retorno a la democracia fueron en Chile un proceso particularmente complejo. No solo en materias políticas puras y duras que enturbiaran las relaciones con las Fuerzas Armadas, sino también en todos aquellos temas que significaran una mirada que desafiara ciertas convenciones culturales respecto del sexo y el matrimonio.

Desde que el triunfo del No en el plebiscito de 1988 anunciara elecciones democráticas, los sectores más conservadores del país temían una agitación social al estilo de la que vivió España tras la muerte del general Francisco Franco. Entre las instituciones que atendieron a esto con preocupación estuvo la Iglesia católica. A diferencia de los casos español y argentino, en Chile las fuerzas opositoras a la dictadura que llegaban al Gobierno mantenían una deuda de gratitud con parte importante de la Iglesia, específicamente con aquellos obispos y sacerdotes liderados por el cardenal Raúl Silva Henríquez que trabajaron por los derechos humanos. Aunque no fuera toda la institución —hubo connotados miembros del clero que mantuvieron una postura hostil hacia la oposición—, el rol de muchos sacerdotes y de la Vicaría de la Solidaridad fue fundamental para salvar a hombres y mujeres de la tortura y la muerte, y resguardar la información que luego permitiría intentar hacer justicia y lograr reparar a las víctimas. Este capital moral, construido por un sector de la Iglesia, fue aprovechado por los grupos más conservadores de la institución que habían ganado poder e influencia entre la elite chilena durante la dictadura. Si durante diecisiete años el rasgo principal de la Iglesia católica en Chile había sido la defensa de los derechos humanos, a partir de los noventa el eje cambió de dirección y sentido. La sexualidad de los ciudadanos se transformó en el tema predilecto del discurso religioso.

Para las nuevas autoridades democráticas existía una obligación, una deuda para con la Iglesia, pero también había desafíos. El Gobierno de la Concertación debía adecuar las políticas públicas a una sociedad moderna, y eso significaba, entre otras cosas, una Ley de Divorcio que terminara con la ficción legal de las nulidades matrimoniales, una Ley de Filiación que igualara en derechos a los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio, y una campaña de prevención del sida que informara sobre el uso del condón. Sin

embargo, hubo sectores que sencillamente no estaban dispuestos a discutir sobre ninguno de estos temas.

Antonio Moreno, arzobispo de Concepción, declaraba en septiembre de 1990 que la sociedad chilena estaba entrando a un camino pedregoso, especialmente entre la juventud que enfrentaba «el difundido permisivismo, la generalización de las relaciones prematrimoniales, la frecuencia de las separaciones, la campaña de control de la natalidad, el uso del preservativo y la tolerancia frente a la homosexualidad que avanza»^[3]. Ni una palabra sobre la pobreza o temas como el acceso a la educación o la salud.

El 4 de octubre de 1991, el arzobispo Carlos Oviedo advirtió a través de la carta pastoral *Moral, juventud y sociedad permisiva* sobre los síntomas de una crisis moral que se vivía en Chile fruto del «hedonismo malsano» y del «libertinaje sexual». En la carta, el sacerdote señalaba que «el pluralismo para ser sano debe fundarse en el común denominador de la ley moral natural, ley que el hombre no se dicta a sí mismo».

Entre las razones para difundir este diagnóstico se contaba una campaña gubernamental para prevenir el contagio del sida, que informaba que uno de los métodos para evitar la contaminación era el adecuado uso del preservativo.

Enrique Correa, ministro secretario general de Gobierno, respondió:

Todos examinamos con mucha atención y con mucho respeto lo que la Iglesia dice; buscamos caminar por la senda que la Iglesia nos propone y buscamos siempre concordar con la Iglesia católica criterios en relación con la sociedad. Por tanto, vamos a mirar con mucha atención lo que ha dicho monseñor Oviedo^[4].

Durante los primeros años de la transición, una crispación moral agitaba el ambiente. El sexo parecía ser una especie de amenaza digna de la más amplia de las campañas para combatirlo. Algunos municipios prohibieron la exhibición de revistas eróticas en los quioscos; el organismo encargado de la calificación cinematográfica censuró películas de Juan José Bigas Luna y Pedro Almodóvar por considerar sus contenidos inapropiados, y reprobó un video de la documentalista Gloria Camiruaga por «exaltar el mundo homosexual»^[5]. Fue en esos años cuando el movimiento religioso teocrático capturó la atención de los medios con acciones callejeras de amedrentamiento, como los rayados en las cercanías de discoteques gay, y fue también durante la temprana transición cuando la prensa conservadora condenó la ejecución de las Jornadas de Educación Sexual en las escuelas públicas. Pero el horror por el sexo no fue la única amenaza. Quizás el más descabellado ejemplo de la reacción frente a un posible destape fue la acusación que sufrió la banda inglesa Iron Maiden, quienes fueron tachados de «satánicos» por algunos miembros de la Iglesia, lo que escaló a niveles de Gobierno, provocando la cancelación del concierto. Los peligros del sexo y el diablo eran parte de la agenda política del país. El contexto le daba la razón a Aylwin: en un escenario así, hablar de discriminación de personas homosexuales parecía claramente un despropósito. Pero alguien tenía que hacerlo.

En Estados Unidos, la primera generación de activismo político homosexual surgió en la década del cincuenta; en Argentina, en los setenta. En Chile se considera una protesta ocurrida en abril de 1973 como la primera manifestación de activismo gay, pero en realidad se trató de una expresión puntual organizada por jóvenes que se prostituían en la Plaza de Armas. El reclamo era específicamente en contra del